

CARLOS SOLA AYAPE

LA DIPLOMACIA REAL
LOS VIAJES A MÉXICO DE JUAN CARLOS I,
REY DE ESPAÑA(1978-2002)

Prólogo de
Marcelino Oreja Aguirre

INSTITUTO UNIVERSITARIO DE INVESTIGACIÓN
EN ESTUDIOS LATINOAMERICANOS, UNIVERSIDAD DE ALCALÁ
UNIVERSIDAD DEL CLAUSTRO DE SOR JUANA
TECNOLÓGICO DE MONTERREY

Marcial Pons

MADRID | BARCELONA | BUENOS AIRES | SÃO PAULO

2018

ÍNDICE

	Pág.
PRÓLOGO	13
AGRADECIMIENTOS	23
INTROITO	25
CAPÍTULO I. JUAN CARLOS DE BORBÓN: EL PRÍNCIPE APADRINADO POR FRANCO	33
1. Apuntes biográficos de Juan Carlos: un príncipe que sí fue rey.....	33
2. Ley de Sucesión de julio de 1947: Franco decreta el futuro de España.....	38
3. El príncipe Juan de Borbón: protagonismo de un padre exiliado	43
4. Asignación de Franco en julio de 1969: la jefatura atada y bien atada.....	49
CAPÍTULO II. DE PRÍNCIPE A REY: EL TIMONEL DE LA TRANSICIÓN DE- MOCRÁTICA.....	55
1. Pormenores de la coronación del príncipe Juan Carlos	56
2. De rey por Franco a rey de todos los españoles: hitos legitimadores del nue- vo monarca	65
3. Mirando hacia ultramar: México y la nueva política exterior de España	81
4. Cita en París: el establecimiento de las relaciones entre España y México	86
5. Resuelto el pasado y planteado el porvenir: luces y sombras de las nuevas relaciones hispano-mexicanas.....	108
6. España y México: hacia la gestación de un cuerpo de doctrina	113
CAPÍTULO III. MÉXICO Y SU VISIÓN DE LA TRANSICIÓN DEMOCRÁTICA ESPAÑOLA.....	121
1. Las tensiones políticas de la transición española	122
2. La gravedad de la crisis económica: la gran lección de los Pactos de la Moncloa.....	129
3. La desconfianza mexicana hacia la política exterior española en torno a América Latina	133

	<u>Pág.</u>
CAPÍTULO IV. ESPAÑA Y MÉXICO: LOS PRIMEROS VIAJES OFICIALES	137
1. El viaje del presidente Adolfo Suárez a México: el primer encuentro oficial.	139
2. El viaje del presidente José López-Portillo a España: el regreso a su colmena de origen	148
 CAPÍTULO V. LOS VIAJES DEL REY JUAN CARLOS I A MÉXICO.....	 161
1. Primera visita, noviembre de 1978: al encuentro con México y la España del exilio	163
2. Segunda visita, enero de 1990: ante el desafío del Quinto Centenario del Descubrimiento de América.....	188
3. Tercera visita, julio de 1991: inaugurando la primera Cumbre Iberoamericana	206
4. Cuarta visita, julio de 1993: la hora de los empresarios.....	213
5. Quinta visita, abril de 1997: la conmemoración del 20 aniversario del reencuentro entre España y México	216
6. Sexta visita, noviembre de 2002: la apuesta por la transición democrática mexicana	227
 CAPÍTULO VI. ABDICACIÓN Y NUEVO REY DE ESPAÑA. MÉXICO, PRESENTE: A MODO DE FINAL.....	 247
 ARCHIVOS Y CENTROS DOCUMENTALES	 253
PRENSA	255
BIBLIOGRAFÍA	257

PRÓLOGO

Marcelino OREJA AGUIRRE

Me ha complacido mucho la lectura del libro de D. Carlos Sola, brillante historiador, miembro correspondiente de la Real Academia Española de la Historia y profesor e investigador en el Tecnológico de Monterrey. Desde hace años ha investigado sobre la diplomacia y la acción exterior hispano-mexicana, el presidencialismo mexicano y el exilio español. Es autor de numerosos artículos y publicaciones. Siempre que he tenido ocasión, he leído sus trabajos y he aprendido muchas cosas gracias al rigor de sus escritos, su clara visión y su capacidad analítica, sintética y conceptual verdaderamente extraordinarias.

Por eso, al recibir el borrador del libro que ahora nos ofrece, lo he leído con enorme interés, sin prejuicio de ciertas diferencias que podemos tener en experiencias vividas. Sin embargo, confieso que, a menudo, quienes hemos desempeñado cargos públicos tenemos el peligro de que los árboles no nos dejen ver el bosque y nos fijemos en temas puntuales sin la perspectiva suficiente que en cambio el relator de sucesos puede escribir con mayor independencia.

Pero he de decir también que de la lectura del libro que ahora nos ofrece, constato que mis coincidencias con él son muy altas y también he descubierto facetas y realidades que me habían pasado desapercibidas y que he podido ahora comprender en sus justos términos.

Debo decir igualmente que por sí solo el tema me parece de extraordinario interés, y para mí la restauración de relaciones con México significó una de las ramas altas de mi actuación en el gobierno que me proporcionó grandísimas satisfacciones no solo en alcanzar el resultado propuesto, sino en la forma de llegar a él desde distintas riberas con actitudes basadas en la mutua confianza que generó la estrecha amistad con mis interlocutores. Mencionaré, en primer lugar, a Santiago Roel, quien me hizo ver la realidad mexicana, y cuyos diálogos con él me resultaron enormemente enriquecedores.

Mi interés por México data desde muchos años atrás. Mientras preparaba el ingreso en la Carrera Diplomática en los años cincuenta, estudié con detalle lo

que significó el reconocimiento de la Revolución Mexicana por el gobierno de la República Española en 1931 y el apoyo que se le prestó en el escenario internacional.

Durante la Guerra Civil española, el delegado de México ante la Sociedad de Naciones, Isidro Fabela, realizó múltiples intervenciones en favor del gobierno de la República Española. La posición de México giró en torno a tres ideas centrales:

1) La consideración de que se trataba de una rebelión militar que buscaba derrocar a un régimen legítimo y democráticamente elegido. Por ello, consideraba que «debía hacerse una clara distinción entre los gobiernos agredidos, a los que se debe proporcionar todo apoyo material y moral, y los grupos agresores, a los que resulta indebido facilitar elementos destinados a continuar y volver más sangrienta la lucha».

2) A juicio del Gobierno mexicano, España era víctima de una agresión exterior de Alemania e Italia a favor de los rebeldes.

3) Consideraron que era improcedente aplicar al caso de España el principio de neutralidad o no intervención.

En palabras del representante de México en la sede de la Sociedad de Naciones, «la no intervención era una ayuda indirecta, y no por eso menos efectiva, a favor de los rebeldes».

Transcurridos unos años, terminada la Guerra Civil en 1939 y la Segunda Guerra Mundial en 1945, al organizarse las Naciones Unidas en la Conferencia de San Francisco hubo una propuesta de la delegación mexicana de condena al régimen del general Franco y, en consecuencia, la negativa a admitir a España como miembro de la Organización. Se aprobó por aclamación.

El 17 de agosto de 1945, los republicanos españoles en el exilio se reunieron en México en el Salón de Cabildos del antiguo Palacio del Ayuntamiento, que calificaron como «territorio español». Allí constituyeron unas Cortes y eligieron como presidente de la República en el exilio a Diego Martínez Barrio, que encargó formar gobierno a José Giral. Después, el 28 de agosto de 1945, Fernando de los Ríos, designado por el Gobierno republicano ministro de Asuntos Exteriores, comunicó a su homólogo mexicano, Manuel J. Tello, la composición del nuevo gobierno de la República en el exilio, iniciándose una nueva etapa de las relaciones diplomáticas entre los dos gobiernos que se prolongaría durante treinta y dos años.

En febrero de 1946, las instituciones republicanas se trasladaron de México a París. A partir de entonces las relaciones entre México y el gobierno de la República Española en el Exilio se limitaron más bien a contactos meramente formales. Por ejemplo, la celebración de los aniversarios de la República y otros actos puntuales como el homenaje que se hizo a Lázaro Cárdenas.

Las expectativas del gobierno republicano se vieron frustradas muy pronto, al terminar el aislamiento internacional al régimen político español. Entre 1945 y 1975, México, aunque rehusó sistemáticamente el reconocimiento del gobierno español, suavizó su postura *de facto* y no solo aceptó, sino que fomentó los intercambios económicos, comerciales, culturales y artísticos entre los dos países.

Por ejemplo, en agosto de 1947 se firmó un acuerdo entre el Instituto Español de Moneda Extranjera y el Banco Comercial de México, con objeto de facilitar el comercio entre los dos países.

Pronto empezaron a producirse visitas de personalidades españolas, de turistas, de hombres de negocios. En esta coyuntura el gobierno español decidió enviar a México con carácter estable, pero no oficial, a dos diplomáticos españoles: José Gallostra y al joven secretario de Embajada Alfonso de la Serna. El 16 de abril llegaron ambos a México con tarjeta turística de Aerovías Guest.

Se iniciaba así una etapa de curiosa bicefalia diplomática. En México funcionaban de hecho dos representaciones: la de la República, que era la oficial y reconocida por las autoridades mexicanas, y la oficiosa del gobierno de Madrid, desconocida oficialmente, pero tolerada por las autoridades mexicanas. El hecho que dio notoriedad a la misión de Gallostra fue desgraciadamente su trágica muerte. El 20 de octubre de 1950 fue asesinado en pleno centro de la capital, al parecer por motivos personales, pero sin ninguna motivación política. A partir de entonces se reguló oficialmente la situación de los diplomáticos españoles en México. Se les concedía un permiso de estancia como residentes rentistas. Se oficializó así oficiosamente, valga la expresión, la bicefalia diplomática española que duró veintiséis años.

Esta era la situación en el año 1975. Recordemos que, entre enero de 1974 y julio de 1975, se produjeron en España cerca de doscientos actos violentos por parte de grupos terroristas como ETA y GRAPO. Once policías fueron asesinadas por ETA en el País Vasco y por el FRAP en Madrid.

Para combatir la ola de terrorismo, el gobierno de Arias Navarro, con Franco en la Jefatura del Estado, promulgó el 26 de agosto de 1975 un decreto-ley estableciendo la pena capital a quienes produjeran la muerte de agentes de la autoridad, miembros de las Fuerzas Armadas y de Seguridad del Estado y demás funcionarios públicos. Al cabo de un mes de su promulgación, se dictaron 11 condenas a muerte. Tres de ellos de ETA y ocho del FRAP. Cinco de ellos fueron ejecutados el 27 de septiembre. Estas ejecuciones produjeron un movimiento de repulsa en toda Europa y en muchos países de América. Grupos descontrolados incendiaron la embajada de España en Lisboa y en México el presidente Echeverría —el 28 de septiembre— pidió en carta al secretario general de Naciones Unidas la convocatoria urgente del Consejo de Seguridad para que solicitase a la Asamblea General la suspensión de España como miembro de Naciones Unidas.

A la muerte del general Franco hubo una serie de especulaciones sobre un eventual restablecimiento de relaciones diplomáticas entre México y España. El Gobierno español, con el acuerdo del Gobierno mexicano, abrió una oficina comercial y se decidió que los diplomáticos españoles allí destacados fuesen adscritos a una embajada extranjera acreditada en el país y que gozaran del *status* diplomático. Se acordó que se hiciera a través de Costa Rica, de modo que pudieran gozar de cierta consideración oficial y no fueran considerados ni como inmigrantes rentistas ni como empleados consulares, que era la fórmula que proponía México.

A los funcionarios españoles se les otorgaría pasaporte diplomático costarricense sin mención de su nacionalidad. Se destinó para dirigir aquella misión a un diplomático de prestigio como era Amaro González de Mesa, a quien se entregó un pasaporte costarricense agregado a la embajada de Costa Rica en México.

Por aquellos días, México decidió enviar una misión comercial a España de la que formaban parte colaboradores del Instituto Mexicano de Comercio Exterior. A última hora se incorporó a la comitiva el abogado Santiago Roel, con quien se entrevistó en México González de Mesa, quien le preparó entrevistas en España. Sin duda, Roel debía intuir, aunque no me consta, que iba a ser nombrado secretario de Relaciones Exteriores, como así sucedió poco después de regresar del viaje a España. Roel comunicó a González de Mesa que se estaba tratando en el interior del Partido Revolucionario Institucional (PRI) el momento de reanudar las relaciones con España, pero que el ala izquierda del partido, por fidelidad al legado de Cárdenas, se mostraba partidario de esperar, mientras que el ala derecha, capitaneada por el expresidente Miguel Alemán, era favorable a un restablecimiento más rápido.

Así las cosas, el mes de febrero de 1977 recibí en el ministerio una llamada telefónica del nuevo canciller Santiago Roel, nombrado ya ministro. Mantuvimos una conversación muy grata y me preguntó qué pasos podíamos dar para llegar a una reanudación de relaciones.

El 17 de marzo por la tarde, en vuelo regular de Air France, llegaron a México desde París el presidente de la República en el exilio José Maldonado y el jefe de Gobierno Fernando Valera. Les recibí en el aeropuerto el subsecretario mexicano de Gobernación, Rodolfo Echeverría.

Al día siguiente, se anunció una rueda de prensa en Los Pinos, residencia del presidente de la República mexicana. Había gran expectación. Acudieron más de cien periodistas nacionales y extranjeros. El acto solo duró cuatro minutos, en presencia del presidente López-Portillo, flanqueado por Maldonado, Valera, Roel y el secretario de Gobernación, Reyes Heróles. Maldonado leyó dos cuartillas y concluyó diciendo: «El presidente López-Portillo y yo hemos convenido cancelar las relaciones diplomáticas que manteníamos ambos gobiernos. Las instituciones de la República proseguirán como hasta ahora». No hubo pues, como se rumoreaba, disolución del gobierno republicano en el exilio.

Al día siguiente de la declaración, Maldonado, en una entrevista a *Cambio 16*, dijo lo siguiente: «Al cancelar nuestras relaciones con el gobierno de México, hemos querido evitar toda fricción, especialmente después de haber agradecido, en numerosas ocasiones, el apoyo que México brindó al gobierno republicano español y singularmente por haber permitido que los españoles exiliados tengan viva la antorcha de la esperanza».

Unos días después volvió a llamarme Santiago Roel para decirme que viajaba a París y que tenía todo preparado para celebrar nuestro encuentro el día 28 de marzo, pero que seguía inquieto por la situación de España, porque le llegaban a través de los medios de información noticias de una inmediata legalización del Partido Comunista, temiendo que ello pudiera provocar reacciones de la extrema derecha. Le tranquilicé añadiéndole que México no podía perder la oportunidad

de tomar la iniciativa de la restauración de relaciones y cualquier demora parecería que actuaban como jueces de nuestro proceso democrático. Finalmente, confirmamos nuestro encuentro para la fecha fijada.

Después de informar al rey y al presidente del Gobierno, el 27 de marzo salimos el jefe de mi gabinete, Javier Rupérez, y yo hacia París sin que nadie más supiera del motivo de mi viaje. El 28 de marzo acudimos temprano al hotel Jorge V, donde residía Santiago Roel, y le pedí a Rupérez que, para el caso de que llegásemos a un acuerdo, examinara el lugar donde podíamos firmar el restablecimiento de relaciones. Mientras tanto subí a la habitación de Roel y pasamos revista durante más de tres horas a diversos temas, incluido el tesoro del barco *El Vita* que contenía bienes de españoles que habían sido depositados en instituciones de crédito en España y fueron a parar, por orden del presidente del Gobierno don Juan Negrín, al puerto de Tampico, y de allí a la capital mexicana, donde se depositaron en una casa particular. Puse de relieve lo inadmisibles de aquella situación y quise dejar constancia de ello antes de proceder al intercambio de notas de restablecimiento de relaciones. Sabía, por supuesto, que no era momento de ir más allá de una declaración de esta naturaleza. Hablamos también de un rápido intercambio de embajadores y me manifestó el deseo del gobierno mexicano de que Su Majestad el rey y el presidente del Gobierno visitaran su país en el plazo más breve posible. Me garantizaba una extraordinaria acogida, dado el inmenso cariño de México hacia España.

Redactamos un comunicado conjunto que aprobamos previamente. Cumplidas todas las formalidades firmamos el acuerdo que representaba el final de una etapa y se abría una perspectiva alentadora para las relaciones entre nuestros dos países. En el intercambio de notas se expresaba sencillamente la decisión de establecer relaciones diplomáticas y acreditar en la otra capital la misión diplomática permanente con rango de embajador. Acordamos así mismo que esas notas constituyeran el acuerdo oficial entre nuestros dos Estados. Les confieso que fue uno de los momentos más gratos de mi actividad diplomática.

Transmití inmediatamente la buena nueva de la firma de nuestras relaciones al rey y al presidente del Gobierno. La noticia tuvo gran eco no solo en la prensa española y mexicana, sino también en la europea, ya que era el final de una anomalía que había durado muchos años. El canciller Roel pronunció una preciosa frase que anoté en mi agenda: «Ahora esperamos nosotros conquistar a España». La realidad es que poníamos término a un largo encantamiento que nos mantuvo teóricamente alejados, para encontrarnos no solo en la diplomacia, sino en una auténtica fraternidad de pueblos nacidos del tronco común de dos continentes y de dos razas.

Tres semanas después del establecimiento de relaciones con México, el 19 de abril de 1977, en Semana Santa, el entonces presidente del Gobierno, Adolfo Suárez, legalizó el Partido Comunista. Las primeras elecciones iban a celebrarse en junio y la medida, que no fue bien recibida por buena parte del ejército y de la sociedad, garantizaba que se celebrarían en un clima de pluralismo real. No hay que dar por descontado, como se hace hoy frecuentemente, que se trataba de una decisión ya escrita. Eran muchos los que preferían que aquella primera cita con

las urnas se celebrara sin presencia comunista, que se dejara esa decisión para más adelante.

Pero Suárez tuvo el acierto y el coraje de sortear las presiones y de incorporar a la lucha electoral a una fuerza que muchos veían como heredera de la Guerra Civil. Santiago Carrillo, entonces secretario general de los comunistas, había mostrado su disposición a aceptar las reglas del juego de la nueva monarquía. El impecable comportamiento de cuantos salieron a la calle en febrero para protestar contra la matanza de los abogados laboristas —perpetrada por la extrema derecha— terminó de convencer al presidente de que no se podía privar del ejercicio del voto a un sector importante de la sociedad.

La situación económica era difícil y las actuaciones terroristas sacudían al país con frecuencia. Quienes cuestionan hoy, con una frivolidad alarmante, cuanto se hizo para edificar una democracia homologable a las de los países vecinos olvidan de manera interesada que fue negociando como se alumbró una nueva época.

El 26 de abril de 1977, antes de transcurrir un mes desde el restablecimiento de relaciones diplomáticas, acompañé al presidente del Gobierno, Adolfo Suárez, a su visita oficial a México durante tres días, antes de dirigirse a Estados Unidos.

En sus discursos, los dos presidentes —López-Portillo y Suárez— destacaron el deseo compartido de apelar a los respectivos pueblos, español y mexicano, para justificar la idea del restablecimiento de relaciones. Adolfo Suárez puso de manifiesto que, como responsable del Gobierno, no hacía más que recoger el sentimiento de los españoles que a lo largo de los años habían venido expresando su particular afecto por el pueblo mexicano, acogiendo con entusiasmo cuantas manifestaciones llegaban de su genio artístico y cultural. A su vez, López-Portillo declaró: «Nunca estuvimos, no hemos estado, ni estaremos lejos de España, medida como está en nuestra sangre y en nuestra historia».

Como señala el autor de este libro en uno de sus artículos publicado en la revista *En-claves del pensamiento*, no hay que olvidar que durante cuarenta años, especialmente desde que salió a escena el exilio —lo que denomina la «España peregrina»—, las relaciones entre España y México con sus fobias y sus filias habían discurrido por un complejo y a su vez extraño triángulo. Sus tres vértices eran: el primero, representado por el régimen en vigor en España y los españoles que allí permanecieron; el segundo, por una ficticia república con un supuesto gobierno que llegó a fijar por unos meses su sede en la Ciudad de México y, por último, un país que mantuvo sus compromisos con la causa republicana negándose a reconocer el resultado de la Guerra Civil y el régimen vigente en España.

Con estos tres vértices, el escenario resultaba paradójico. Además de México, estaba por un lado el llamado Gobierno en el exilio, sin territorio y sin población a la que gobernar; por el otro, el Gobierno español que había resultado vencedor en la Guerra Civil. Todo ello había complicado la restauración de relaciones que México no aceptaba realizar mientras estuviera al frente del Estado el general Franco, a pesar de que solo 2.500 exiliados, según la prensa local, quedaban en el país.

El nuevo escenario exigía un cambio en la jefatura del Estado, ya que en vida del general Franco no aceptaban iniciar las negociaciones; por otra parte, emergía una España que, aún antes de celebrar elecciones democráticas, abría el camino a aquellos que José Gaos llamó *transterrados*. Había llegado así la superación de las dos Españas. En palabras de Adolfo Suárez, el principal eje conceptual no era otro que el vínculo que nos une a un pasado histórico y a un patrimonio cultural y espiritual común; vínculo que genera nuestra afinidad fraternal y motiva nuestras preferencias.

El presidente del Gobierno español representaba en México a una España que, como dijo él mismo, abordaba los viejos temas, los de siempre, con un espíritu renovado, plenamente convencido de que las sucesivas coyunturas históricas exigían nuevos planteamientos y actitudes.

El compromiso era echar cenizas sobre las brasas y sepultar el pasado, habida cuenta de que la memoria no debía ser, bajo ningún concepto, obstáculo para la edificación de las relaciones presentes y futuras. Las demandas solo debían venir del futuro. Coincidiendo con ese reencuentro de López-Portillo y Suárez en México, el diario madrileño *ABC* se hizo eco de este sentir en un artículo titulado «Los planteamientos económicos de un viaje»: «La estructura de las relaciones económicas entre España y México denuncian una escasa actividad común. Tanto en el aspecto comercial como en el de las inversiones se constataba la necesidad de un nuevo enfoque». El futuro demandaba mirar hacia el frente. La Guerra Civil, el franquismo o el exilio habían quedado atrás, más aún para aquella España nueva que reclamaba un sitio propio en el albero de la democracia. «Que nunca más —en palabras de López-Portillo— un conflicto, una diferencia, nos obligue a que, por culto a la lealtad, rompamos la normalidad».

Transcurridos unos meses de la visita de Suárez, el 9 de octubre de 1977 llegó a España el presidente López-Portillo. Era la primera vez que un presidente de los Estados Unidos Mexicanos visitaba España en viaje oficial. En la cena que le ofrecieron los reyes en el Palacio Real, don Juan Carlos puso de relieve la importancia del reencuentro de nuestros dos países y evocó el último momento estelar de nuestro pasado vivido en común al comienzo del siglo XIX y que tuvo como escenario la ciudad de Cádiz. Allí —dijo el rey— nacieron unos ideales que a uno y otro lado del Atlántico han constituido el germen de una deseada convivencia pacífica, en libertad e igualdad, profundamente enraizados en las esencias étnicas de nuestros pueblos, desde siglos atrás.

A continuación, el rey expresó el agradecimiento por la hospitalidad mexicana a los exiliados españoles. Y dijo textualmente: «El doloroso éxodo intelectual, que las circunstancias de posguerra originaron, dio lugar a un nuevo y especial capítulo de la obra de España en América. La acogida que allí se les brindó —y, entre todos, la excepcional que México les dispensó— es causa de permanente agradecimiento y fuente de esperanza en futuras colaboraciones en todos los órdenes».

Las palabras del rey merecieron un discurso por parte de López-Portillo que descansó sobre un aspecto esencial, cuando de México y de América Latina en general se habla: el mestizaje. Las primeras palabras que pronunciaba un presidente mexicano en España servían para referirse a la plaza de las Tres Culturas de la

Ciudad de México, donde están los restos de las pirámides indias, los contrafuertes de iglesias españolas y la expresión arquitectónica del México moderno, una plaza que guarda una gigantesca inscripción donde se lee lo siguiente: «El 13 de agosto de 1521, heroicamente defendido por Cuauhtémoc, cayó Tlatelolco en poder de Hernán Cortés. No fue triunfo ni derrota. Fue el doloroso nacimiento del pueblo mestizo que es el México de hoy». De ese pueblo mestizo vengo —diría López-Portillo— a esta España raíz. Sus palabras no eran gratuitas y, desde el reconocimiento de esa parte española sin la que no puede entenderse el ser mestizo, su postura venía a mediar en ese debate abierto en México entre la hispanofilia y la hispanofobia.

El 11 de octubre se celebró un nuevo encuentro del rey y el presidente de México en las islas Canarias con ocasión del aniversario del Descubrimiento de América y al día siguiente se celebró la fiesta del 12 de octubre. En ese acto, el rey puso de manifiesto los valores culturales que nos vinculan y diferencian e invitó a las academias y las universidades a cuidar nuestra lengua, a enaltecerla y hacer que, por su propia limpieza, profundidad, belleza y eficacia, sea no solo el modo de expresión de nuestros pueblos, sino uno de los grandes vehículos de manifestación espiritual del mundo.

Un nuevo encuentro se produjo el mes de noviembre de 1978 con ocasión del viaje de los reyes a México. Recuerdo con emoción la acogida que se les dispensó en el hermoso Parque del Mestizaje el día de su inauguración. Después, y al recibir las llaves de la ciudad, el rey hizo la apología de una capital que había sabido ser azteca, virreinal, mestiza y cosmopolita con admirada plenitud y grandeza.

Ese mismo día, en el «Heroico Colegio Militar de México», el rey entregó en depósito una bandera de España, y por la noche, en la cena ofrecida en su honor por el presidente mexicano, se refirió a la necesidad de crear juntos, mexicanos y españoles, una realidad nueva capaz de expresar el sentido trascendente que nuestros pueblos tienen de la justicia, la libertad y la dignidad.

Al día siguiente, los reyes visitaron Veracruz y Jalisco, y en la despedida el rey volvió a referirse a la generosa acogida que se prestó en México a tantos españoles que rehicieron sus vidas y reanudaron su existencia profesional. Y concluyó diciendo que la Nación mexicana engendró una inolvidable deuda de gratitud de toda España que había de pervivir profundamente enraizada en el corazón reconciliado de un pueblo, decidido a mirar al futuro y a forjarlo inspirado por sentimientos de unidad y paz.

Y concluyo esta evocación del viaje con un recuerdo que me impresionó. Al despachar con el rey una semana antes la visita a México, me transmitió el deseo de visitar a la viuda de Manuel Azaña, expresidente de la República. Así se lo comuniqué al embajador Coronel de Palma, quien al visitar a la viuda de Azaña esta le contestó que sería ella la que fuese a la embajada para saludar al rey, encuentro que presencié con emoción el último día de la estancia de los reyes en México.

Como señala el Dr. Sola con gran acierto, el reencuentro hispano-mexicano después de cuatro décadas de distanciamiento oficial estaba firmemente sustentado en la necesidad de superar enconos y enfrentamientos y en la exigencia de encarar el futuro de forma conjunta.

Se llevaron a cabo viajes oficiales que sirvieron para reencontrarse y poner alivio en las viejas heridas; para hacer una lectura conjunta del pasado y apropiarse de sus conclusiones finales; para sentar las bases de un futuro de entendimiento y cooperación y para dejar abierto el camino a los responsables de las distintas áreas, con el fin de diseñar las correspondientes estrategias en el terreno cultural y económico básicamente.

Se puso así de manifiesto que el pragmatismo con el que se habían enderezado las relaciones hispano-mexicanas era más que suficiente para mirar hacia adelante con determinación, sin tibieza ni dudas. España y México volvían a caminar juntos por la senda del entendimiento con el ánimo de fortalecer sus relaciones, especialmente económicas y financieras.

Los viajes oficiales que se han venido programando desde entonces han servido para reafirmar, una tras otra, la tesis que aquí se presenta. España y México son conscientes de que no solo nos une un pasado común: nos une una misma cultura y el objetivo es siempre mirar hacia adelante. Y, por supuesto, en cada momento, en cada encuentro, tampoco falta la ocasión propicia para recordar que estos dos países —España y México— atraviesan por un importante momento de su historia, porque siempre el último momento parece ser el mejor.

Concluyo así estos comentarios sobre el libro del Dr. Sola, que me ha ayudado a conocer mejor este importante capítulo de las relaciones exteriores de España en las que tuve el privilegio de ser uno de los protagonistas en mi condición de responsable de la política exterior española de aquellos años.

Hace unos meses, las autoridades mexicanas y diversos centros docentes y políticos, como el Senado de la República, me pidieron cambiar impresiones sobre aquellos momentos iniciales de nuestro reencuentro y las posteriores relaciones hasta nuestros días. Durante mi estancia, tuve numerosas conversaciones con el embajador de España en México, D. Luis Fernández Cid, uno de nuestros más brillantes diplomáticos, buen conocedor de ese país y al que debo numerosas explicaciones sobre la realidad de su historia y su presente.

Y, por supuesto, quiero destacar al Dr. Sola que, tras sus éxitos académicos, ha venido trabajando sin cesar como profesor, aportando importantes reflexiones y agudas interpretaciones. El Dr. Sola, con acierto, pone de relieve que el mundo necesita personas bien formadas y cualificadas no solo en las áreas temáticas, sino también en valores y en principios. Para él, el maridaje de ciencia e investigación es esencial y manifiesta y pone en práctica cómo las capacidades analíticas, sintéticas y conceptuales se han de compartir con los estadistas y, yo diría también, con los lectores.

Por eso, espero que este libro tenga la acogida que yo le deseo y, como participante en el escenario del restablecimiento de las relaciones diplomáticas entre México y España, puedo afirmar que es una obra de imprescindible consulta para quienes quieren conocer esta etapa crucial en las relaciones hispano-mexicanas.

Le reitero mi agradecimiento por invitarme a participar en este libro con estas palabras del prólogo y, sobre todo, felicito al autor por la riqueza de su escrito y el rigor de sus análisis.

INTROITO

«Dios dio una hermana al recuerdo y la llamó esperanza».

Miguel Ángel BUONARROTI

En noviembre de 2018 se cumplen cuarenta años desde que tuviera lugar el primer viaje del rey Juan Carlos I a México. Aquella visita oficial se produjo en el contexto histórico de una difícil transición democrática en España y, mientras que los nostálgicos del franquismo conmemoraban el tercer aniversario de la muerte del general Franco, aquel joven monarca español de cuarenta años de edad se dio a la tarea de viajar a México, recorrer varias de sus ciudades en loor de multitudes y hasta de celebrar la onomástica de la Revolución Mexicana desde el Palacio Nacional, esto es, a miles de kilómetros del Valle de los Caídos. De hecho, la primera y gran lección ejemplarizante de aquel viaje se dio justo en el momento de la fijación misma de las fechas, una señal inequívoca de que la proa de aquella España juan-carlista miraba hacia el futuro —no al pasado— y del gran valor que le otorgaba a México en la proyección exterior de España y hasta de la propia monarquía.

Si bien la fase de investigación del presente libro viene desde muy atrás, su elaboración se fue concretando, capítulo tras capítulo, a lo largo de 2017, precisamente cuando se cumplió el cuarenta aniversario del establecimiento de las relaciones bilaterales entre España y México. Año y medio después de la muerte del general Franco, y aquel lunes 28 de marzo de 1977, los responsables de las carteras de Exteriores de ambos países —el mexicano Santiago Roel y el español Marcelino Oreja— se reunieron en París para proceder a un sencillo canje de notas y recuperar así el vínculo diplomático hispano-mexicano que, como tal, se ha conservado hasta nuestros días.

Aquella histórica fecha, verdadero sitio de la memoria en la particular biografía bilateral de nuestros dos países, fue la resulta de una confluencia de tiempos y procesos, así como de actos y actores que, a la postre, hicieron posible la superación de una singular y enquistada oficiosidad que, como consecuencia de la Guerra Civil española, había durado otros cuarenta largos años. Durante ese tiempo, el México posrevolucionario fue congruente con la decisión tomada por el general Lázaro Cárdenas y, por consiguiente, mantuvo siempre una relación dual, sexenio tras sexenio, con las dos Españas: por un lado, conservó ininte-

rrumpidamente relaciones oficiales con la República Española en el Exilio y, por el otro, relaciones oficiosas con la España del general Franco.

Si bien el acercamiento entre España y México no fue sencillo, hasta el grado de requerir de su propia transición, el protagonismo del rey Juan Carlos fue determinante para lograr la reconciliación definitiva, de la mano de otros actores como el presidente del Gobierno español Adolfo Suárez o el presidente de México José López-Portillo, que en ese entonces estrenaba su sexenio presidencial. A pesar de la desconfianza que despertaba su figura, al tratarse de un príncipe hecho rey por obra y gracia de un caudillo, la prosapia discursiva del nuevo monarca se nutrió desde el día de su coronación de una estructura conceptual ajena al tradicional frentismo y al maniqueísmo dialéctico del pasado. Así, la concordia y la reconciliación se hicieron mancuerna para superar no solo el enquistado y lacerante problema de las dos Españas, sino para lograr la definitiva normalización de las relaciones diplomáticas con aquellos países que, como México, permanecían dañadas por los estragos de la Guerra Civil española.

Salvo para los monárquicos, su gran valía no consistió tanto en la recuperación de la Corona para España, después del periodo de la Segunda República y del régimen franquista, sino en lograr, a través de aquella monarquía institucionalizada, un tránsito pacífico hacia un régimen de libertades. En tan solo unos años, el rey Juan Carlos se convirtió en una especie de estandarte de los valores democráticos y en el símbolo de una democracia española no solo lograda a golpe de reformismo legal y consumada poco después en la Constitución de 1978, sino también defendida de su intento de colapso en aquel abortado golpe de Estado del 23 de febrero de 1981.

Por eso, el rey Juan Carlos pasará a los anales de la historia por ser una de las piezas claves de la transición democrática española, considerada por muchos como modélica en su género al prevalecer el consenso y la concordia en el siempre difícil y complejo tránsito de una dictadura militar a un régimen político de libertades plenas. En su persona, así como en el relato narrativo presente en sus discursos oficiales, se advierte la evolución misma de España durante las últimas décadas. Y esto así a pesar de sus fallas estructurales de origen, algunas de las cuales también se presentarán a lo largo de este libro.

A su vez, y para el caso que nos ocupa, la figura política del rey Juan Carlos revistió de una singular importancia, primero, por tratarse de un heredero legítimo —aunque también legitimado— de una Casa Real que permaneció vinculada a gran parte del continente americano durante más de tres siglos; segundo, por ostentar el cargo de jefe del Estado español, máxima autoridad de un país como España que difícilmente puede concebirse en su plena totalidad sin tener presente el referente de América y, tercero, por ser la cabeza visible de la política exterior española, especialmente cuando se trata de América Latina. Hacia afuera, y desde los primeros compases de su largo reinado, el monarca español se convirtió en el primer embajador en el mundo de aquella recuperada y joven democracia española.

En materia de aciertos, el rey Juan Carlos también será recordado por ser el primer monarca español en viajar a México y recorrer aquellas antiguas tierras

del Anáhuac que después dieron asiento al virreinato de la Nueva España. A México fue a vivir México, un país que aprendió a conocer en cada uno de sus viajes; no fue casual que, nada más poner pie en tierra, su primera visita la hiciera, acompañado de la reina Sofía, a la ciudad arqueológica maya de Chichén Itzá. A su vez, México también aprendió a conocerlo, porque supo abrirle las puertas —como en los años treinta se las había abierto al exilio español— y porque siempre lo recibió con innegables muestras de afecto y generosidad. No se exagera al decir que si el rey Juan Carlos aprendió a hacerse mexicano, México acabó haciéndose un país juancarlista. Y esto así porque aquel rey quiso reinar en un reino no de súbditos, sino de ciudadanos y además, y esto tiene su mérito, en una España sin apenas monárquicos.

Estos argumentos, sucintamente presentados, descubren la razón de ser del presente libro que el lector tiene ahora en sus manos. Si bien los contactos entre mandatarios se hicieron también en España o con motivo de la participación en diferentes foros internacionales, los viajes del rey Juan Carlos a México fueron determinantes para lograr el avance gradual y definitivo del proceso de crecimiento y consolidación de las relaciones bilaterales entre España y México, desde 1977 hasta nuestros días. Aunque el constructo bilateral fue también obra de otros actores, el resultado final no puede entenderse sin la aportación personal e institucional del rey Juan Carlos y sin sus firmes convicciones de establecer, mantener y acrecentar los nexos de cooperación entre España y México —en condiciones de igualdad y a todos los niveles—, así como con el resto de la comunidad iberoamericana. Si en algo puso especial acento, por medio de un compromiso que ratificó en cada uno de sus viajes, fue en ayudar con su presencia a que España y México se explicaran cada vez mejor, especialmente con la vista puesta en el futuro y ante la necesidad de construir un camino de cooperación para recorrer juntos y en beneficio mutuo.

Por estas razones y muchas más, la figura del rey Juan Carlos y su presencia en México se convertirá en el eje vertebrador de estas páginas, cuyo conocimiento nos ha sido posible gracias al acopio de un importante caudal de fuentes primarias, documentos todos ellos de primera mano y de muy diversa procedencia, comenzando por los muchos discursos que el monarca español fue pronunciando con motivo de sus distintas visitas a México. Para la ocasión, fue fundamental la reunión de un importante monto de documentación generada en las diferentes instancias de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México, especialmente en determinadas dependencias como la embajada de México en España, la Dirección General del Servicio Diplomático, la Dirección General para Europa o, entre otras más, la Dirección General de Organismos Internacionales. No se oculta al lector que el conocimiento de las fuentes del Archivo General de la Nación o el Archivo Histórico Genaro Estrada, ambos de México, ha sido determinante para alcanzar esta empresa editorial.

Del monto reunido destacan cartas, memorandos, informes técnicos, discursos oficiales, cuadros estadísticos, notas para la prensa o carpetas operativas para la preparación de los viajes del rey de España a México. En pocas palabras, estamos en presencia de la documentación generada por los diferentes actores de la diplomacia mexicana que, de una u otra forma, participaron durante décadas

en la construcción de la relación bilateral hispano-mexicana. Concebida toda ella para uso interno, y además con carácter exclusivamente confidencial, su valiosa información nos ha permitido conocer la riqueza de la policromía de nuestro tema de estudio en planos tan variados como el político, el económico, el comercial, el financiero o el cultural. En suma, el presente libro ha sido posible gracias a la búsqueda, hallazgo y conocimiento de la memoria escrita de la institución competente que se encargó de organizar cada uno de los viajes del rey de España a México en su condición de país anfitrión.

Especial atención merece la información procedente de la embajada de México en España, enviada a la Cancillería mexicana por los diferentes embajadores, por otra parte, grandes y privilegiados conocedores del devenir de la realidad española en todos sus órdenes, gracias a sus reuniones periódicas —públicas y privadas— con los protagonistas del quehacer cotidiano, tanto de partidos políticos, sindicatos, periodistas, funcionarios del Ministerio de Asuntos Exteriores español o miembros de otras embajadas, pero especialmente por el contacto institucional y cercano con los inquilinos y personal operativo de los dos palacios ejecutivos por excelencia de España: la Zarzuela, residencia y despacho del rey y la Moncloa, residencia y también lugar de trabajo del presidente del Gobierno español. Sin duda, sus informes técnicos fueron determinantes para que pudiéramos sondear el pulso y dimensión de la relación bilateral entre nuestros dos países, algo a lo que contribuyó el conocimiento de la prensa española y mexicana que, desde diferentes perfiles editoriales, nos permitió enriquecer la mirada y poner luz en los claroscuros que, por lo general, deja la tantas veces cuidada, correcta y hasta acartonada documentación oficial.

Ante la certeza, veracidad y variedad de información que nos proporcionaron las fuentes documentales reunidas, el punto de partida de este libro nació de la necesidad de contextualizar adecuadamente al personaje central —Juan Carlos de Borbón y Borbón—, en su condición de hijo de príncipe, príncipe, rey, jefe del Estado y máxima autoridad en materia de política exterior española con respecto a Iberoamérica. Su biografía política no se entiende si no es desde su entronque en un tiempo histórico de la que es deudora, así como por la huella que fueron dejando en su camino otros personajes relevantes que irán apareciendo a lo largo de estas páginas como su padre Juan de Borbón, el general Francisco Franco o los diferentes presidentes del Gobierno español como Carlos Arias Navarro, Adolfo Suárez, Felipe González o José María Aznar. A su vez, su historia de vida y de reinado tampoco se comprende en su justa dimensión sin el conocimiento y comprensión de una concatenación de acontecimientos históricos que implícitamente no solo marcaron su vida, sino también la suerte de España y hasta de la propia relación bilateral hispano-mexicana. Entre ellos, hay que destacar la Guerra Civil española, el régimen franquista, el fenómeno del exilio español, el proceso de sucesión en la jefatura del Estado español, la muerte del general Franco o la gestación de aquella España nueva después del dictador.

De ahí que la propuesta capitular de nuestro manuscrito respondiera a esta necesidad de preservar en todo momento la contextualización histórica y la comprensión de unos procesos históricos enraizados en el tiempo. Así, y teniendo en cuenta esta perspectiva, el primer capítulo tiene por objeto conocer el perfil

biográfico de Juan Carlos, un miembro de la familia real de los Borbones, nieto del último rey de España —el exiliado Alfonso XIII—, hijo del heredero Juan de Borbón —el príncipe que no pudo ser rey— y finalmente un elegido y apadrinado por el general Franco hasta convertirlo en su sucesor al frente de la jefatura del Estado español. Para ello, nos remontaremos a determinadas coyunturas históricas, especialmente a dos de ellas: la primera, marcada por la Ley de Sucesión de julio de 1947, donde el general Franco se arrogó el derecho único y exclusivo a decidir —él y solo él— el nombre de su sucesor y, la segunda, condicionada por la asignación definitiva —o «destape», por usar un término de la jerga política mexicana—, donde el general Franco, con el concurso ceremonial de «sus» Cortes, anunció que Juan Carlos de Borbón sería su sucesor para así dejar el delicado asunto de la jefatura del Estado —y, por tanto, el futuro de España— atado y bien atado. Y esto así, a pesar de los infructuosos intentos del príncipe heredero Juan de Borbón por recuperar el cetro y la Corona, como se tendrá la ocasión de comentar.

Muerto Franco y coronado rey de España, en el capítulo segundo daremos cuenta de cómo el nuevo monarca se hizo timonel de la transición democrática, se convirtió en el rey de todos los españoles y en el garante de la reconciliación de las dos Españas, algo que marcó el sentido direccional de su largo reinado, sin olvidar la concurrencia de una serie de hitos legitimadores. De igual modo, y desde el discurso fundacional de la nueva monarquía, con motivo de su proclamación el 22 de noviembre de 1975, el rey Juan Carlos quiso mirar hacia ultramar para anticipar la necesidad de asentar las bases de una nueva política exterior de España, especialmente, con Iberoamérica, huyendo de la vieja retórica en torno al precepto materno-filial de la «madre patria». Nadie como él sabía que México —un país especialmente sensible por su pasado histórico a toda forma de intervencionismo— era la gran asignatura pendiente de la nueva diplomacia española y que, en consecuencia, aunque no de cualquier modo, había que orientar los esfuerzos hasta asegurar la normalización plena de las relaciones bilaterales que finalmente, con sus luces y sus sombras, tuvo lugar en París en la primavera de 1977. Después, y para dotar de la certeza necesaria y espantar los prejuicios creados durante el franquismo, España y México se dieron a la tarea de gestar un cuerpo de doctrina, dotado de un corolario de principios rectores de los que daremos cuenta.

Y así se fueron dando los primeros pasos en aquel proceso abierto de normalización de las relaciones bilaterales entre España y México, en el marco de una transición democrática donde el rey Juan Carlos era su cabeza rectora, cuando menos, hasta la aprobación de la Constitución de 1978. Por eso, y en el capítulo tercero, nos pareció pertinente presentar la visión que México tuvo de aquel proceso democratizador español, incorporando las valoraciones y hasta recomendaciones de la Cancillería mexicana, entre múltiples aspectos como el perfil de la nueva monarquía, las fuertes tensiones políticas desatadas tras la muerte de Franco, la gravedad de la crisis económica, las lecciones obtenidas de los Pactos de la Moncloa o las bases constitutivas de la nueva política exterior española hacia América Latina, donde no faltaron las sospechas sobre un posible neocolonialismo español. Finalmente, cerraremos este apartado analizando los aspectos

más destacados de los primeros viajes oficiales, el que hizo en abril de 1977 el presidente Adolfo Suárez a México y el que realizó en octubre del mismo año el presidente José López-Portillo a España, dos viajes que venían a consumar el encuentro entre cancilleres celebrado en París en aquella histórica fecha del 28 de marzo de 1977.

Teniendo presente este gran marco contextual, la segunda parte del libro la dedicaremos a la presentación y análisis de cada uno de los seis viajes del rey Juan Carlos a México, de los cuales cuatro de ellos tuvieron un carácter estrictamente oficial. Uno a uno, y todos en su conjunto, sirvieron para dar sentido y forma a la relación bilateral y para sondear las posibilidades reales de un horizonte conjunto. El primero de ellos, en noviembre de 1978, fue su gran viaje fundacional, el primero que hacía un monarca español a México y cuyo principal cometido no fue otro que el de salir al encuentro de México y también de esa España del exilio que había echado raíz en el país cubierto por la alargada sombra del general Cárdenas. Unos años después tuvo lugar el segundo de ellos —en enero de 1990— y, entre otros menesteres, tuvo como razón de ser la búsqueda del apoyo de México ante la necesidad de preparar el Quinto Centenario del Descubrimiento de América, una de las prioridades de la Corona española.

Precisamente, América y el concierto de países iberoamericanos estuvieron detrás del motivo que animó al monarca español a viajar hasta México por tercera ocasión, en este caso para participar en la inauguración de la primera Cumbre Iberoamericana, celebrada en Guadalajara en julio de 1991. Para el rey Juan Carlos se cumplía el viejo sueño de formalizar, cuando menos embrionariamente, una comunidad de naciones iberoamericanas. Dos años después, en julio de 1993, de nuevo se hizo presente en México, en lo que fue un breve viaje que le permitió, primero, asistir a una de las grandes celebraciones culturales de las comunidades indígenas oaxaqueñas —la Guelaguetza— y, después, dirigirse en la Ciudad de México a la comunidad de empresarios españoles y mexicanos para exhortarles a dinamizar la relación bilateral por la vía de la economía, el comercio y, sobre todo, de las inversiones.

Los dos últimos viajes oficiales del rey Juan Carlos a México se programaron al socaire de las efemérides. El primero de ellos —abril de 1997— con motivo de la celebración del 20 aniversario de establecimiento de las relaciones entre España y México, donde se tuvo la ocasión de hacer balance del trecho recorrido, del panorama general de la relación bilateral, así como de analizar en voz alta las posibilidades de un acercamiento real de México con Europa. Fue en este viaje donde el monarca español tuvo la oportunidad de inaugurar el primer congreso internacional de la lengua española, uno de los pilares que, desde el origen de su reinado, reivindicó como el verdadero patrimonio compartido por parte de la gran comunidad de hispanoparlantes repartidos por el mundo. Cinco años después de aquello, el rey Juan Carlos acometió su sexto y último viaje oficial a México, realizado en noviembre de 2002 con motivo de la celebración del 25 aniversario del establecimiento de las relaciones hispano-mexicanas en aquella cita entre cancilleres en París. De nuevo, fue el momento propicio para hacer balance de la bilateralidad entre ambos países, pero sobre todo para estar al lado de la transición democrática mexicana, iniciada en julio del año 2000 cuando el PRI

perdió las elecciones presidenciales en manos del candidato del Partido Acción Nacional, Vicente Fox.

En esencia, esta es la propuesta capitular que articula el presente libro, donde se dará cuenta de muchos temas que han venido nutriendo la relación bilateral entre España y México durante el largo reinado de Juan Carlos I: su presencia en los sitios de la memoria de México —el Ángel de la Independencia, la Basílica de la Virgen de Guadalupe— o en instituciones como el H. Congreso de la Unión o el Senado de la República mexicana, sus visitas a emplazamientos de la insurgencia como Guanajuato, y sus constantes alusiones a conceptos como el republicanismo español del exilio, el indigenismo, la democracia, los derechos humanos, el Quinto Centenario del Descubrimiento de América, la cumbres iberoamericanas, la lucha contra el terrorismo y en particular contra ETA, la defensa de la lengua española, la deuda externa, la «segunda» conquista española, las inversiones de empresas españolas, el valor estratégico de la denominada «Línea del Rey», el Tratado General de Cooperación y Amistad entre ambos países, el Tratado de Libre Comercio de México con la Unión Europea y un sinnúmero de temas más. De todo esto, y más, trataron nuestros dos países que durante el franquismo se mostraron ajenos —aunque nunca indiferentes— y que, a raíz de la coronación del rey Juan Carlos y el inicio del proceso democratizador, afianzaron una amistad que derivó, desde el conocimiento y el reconocimiento permanentes, en una confianza mutua que ha venido nutriendo la relación bilateral desde entonces hasta la fecha.

Transcurridos cuarenta años de esta empresa mancomunada, España y México siguen disfrutando de la etapa de prosperidad más importante de su historia bilateral desde aquel arranque en diciembre de 1836, cuando se firmó el Tratado de Paz y Amistad. Estamos en presencia de un logro alcanzado, en buena medida gracias al éxito de una diplomacia que fue «real», primero, al ser encabezada por un rey —Juan Carlos I— que, en su condición de titular y constructor de la nueva Corona española y con la connivencia gubernamental, supo dotarle de un perfil propio y, segundo, por superar la fase declarativa y lírica de una fraternidad hasta materializarla en un corolario de logros consumados.

CAPÍTULO I

JUAN CARLOS DE BORBÓN: EL PRÍNCIPE APADRINADO POR FRANCO

«Si yo no, entonces ni tú ni yo».

Juan Carlos de Borbón a su padre Juan, julio de 1969.

Como no podía ser de otra manera, el primer capítulo de este libro tiene por objeto trazar los aspectos esenciales de la biografía de Juan Carlos de Borbón y Borbón, nieto de un rey de España exiliado e hijo de un príncipe heredero de los derechos dinásticos del trono de España que vivió también en el exilio y que en su historia de vida se cruzó con un régimen militar que le impidió llegar al trono. Nuestro protagonista nació en un país extranjero, también en el exilio, viajó a España siendo un niño y allí fue creciendo al amparo del general Francisco Franco, un hombre que lo apadrinó políticamente hasta hacerlo, años después y por decisión propia, rey de España.

Juan Carlos de Borbón fue un príncipe que acabaría siendo rey, aunque tal distinción fue lograda mediante la puesta en marcha de una de las leyes del régimen franquista —la Ley de Sucesión de 1947—, donde el general Franco se reservó el derecho de elegir a su sucesor al frente de la jefatura del Estado español. El golpe de aquella ley acabó marcando el futuro de España y el destino de la propia monarquía española, de manera decisiva desde el momento en que Franco, de la mano de sus Cortes, acordó en julio de 1969 destapar a su sucesor y nominar para tales efectos a Juan Carlos de Borbón, el hijo del príncipe Juan, quien, a pesar de sus intentos y manifiestos desde su exilio, nunca lograría sentarse en el trono de España que había ocupado su padre, el rey Alfonso XIII.

1. APUNTES BIOGRÁFICOS DE JUAN CARLOS: UN PRÍNCIPE QUE SÍ FUE REY

«Cuando México y España caminamos juntos, nuestra influencia en los asuntos mundiales rinde frutos evidentes».

Rey Juan Carlos I, Ciudad de México, 18 de noviembre de 2002.